

ISILME

“De una cadena de plata que tenía al cuello colgaba una piedra blanca”

El Señor de los Anillos, J.R.R. Tolkien

I –

Isilme observaba el rojizo horizonte desde la pequeña sala que el señor Imrahil, hermano de Ivrianiel, su madre, y desde la muerte de ésta, su tutor, le había permitido acondicionar a gusto. Atardecía y ella se mantenía inmóvil, escuchando las quejas de Lothíriel y tratando de no exteriorizar la angustia que le roía el pecho.

— ¿Te quedas impasible mientras sufro? ¿Qué sucede contigo, Isilme? ¿Acaso no te das cuenta que el mismo destino recaerá sobre ti? Denethor ha propuesto a padre mi unión con Boromir y luego, posiblemente, considerará la tuya con Faramir. Nadie sabe qué ronda por la cabeza del Senescal en estos días— dijo Lothíriel, paseando de un lado al otro—. ¿Crees que el príncipe Imrahil dudará en entregarte al Senescal? No quiere contradecirlo... ¡Já! A veces pienso que preferiría enfrentar una manada de orcos a mano desnuda antes que incurrir en la ira de Denethor. ¿Me estás escuchando?

— No me sucederá lo mismo, Lothíriel. Mi madre eligió un oscuro capitán como esposo. Mi linaje no es tan bueno como para que el Senescal lo tenga en cuenta.

— Tu madre fue la princesa Ivrianiel, primogénita de Adrahil. Pero, tú mi querida prima, vales por ti misma. ¿Quién, en todo Gondor, puede compararse contigo en cuanto a canto? ¿Acaso el mismo Denethor no te ha llamado la Memoria Viva de los Tiempos Antiguos? Si quisieras regresar a Minas Tirith, volverías a ser la Guardiana, como antes fue tu madre.

— Un cargo que Finduilas creó para ella por el amor que le tenía. Eran muy unidas. Sólo ansiaba tenerla cerca...

— Nadie mejor que tú para custodiar esos viejos papiros y tablillas. No me engaño en cuanto a ti, prima. Sé bien que Dol Amroth ha sido una hermosa cárcel y que no lo sientes tu hogar.

— He encontrado mucho placer discutiendo con los eruditos y en la biblioteca...

— Pero... — dijo Lothíriel acercándose a la mujer, apenas más baja, de negros cabellos trenzados y en cuyo pecho brillaba una piedra blanca de extraña luminosidad—. No puedes engañarme, Isilme. Tu corazón ha quedado en Minas Tirith. ¡Y me imagino por qué! Espero que él sea merecedor de tu afecto. ¡Vamos! Denethor no partirá hasta mañana. Aprovecha ahora que está de buen humor y pídele regresar con él. Te lo concederá de buen grado. Una discusión ganada para el Senescal hace en él mejor efecto que una sabrosa comida regada de buen vino.

Denethor aceptó que Isilme regresara a Minas Tirith y le fue de mucha utilidad cuando llegó Mithrandir preguntando sobre Isildur y quiso revisar los antiguos manuscritos. Al desgano recibido del Senescal se le opuso la innata amabilidad de la joven y ella y el Peregrino Gris pasaron muchos crepúsculos departiendo sobre la antigua sabiduría, entre pergaminos y láminas de oro y plata. A la noche, ante la bien surtida mesa del Senescal, Isilme amenizaba la velada con baladas y canciones, (en algunos casos, meros fragmentos), que evocaban a la perdida Númenor: la *Oda a Tar-Minastir* era la preferida de Denethor, y la *Balada de Leithian* nunca faltaba.

Cuando Isilme escuchó a sus primos hablar sobre Henneth Annûn, pidió permiso al Senescal para visitar la cascada. El anciano no quiso dárselo alegando que ella, como Guardiana de la Memoria de Númenor, no podía arriesgarse a abandonar la Ciudadela. Los caminos estaban infectados de orcos a pesar de los esfuerzos de los hombres de Gondor y Rohan. Pero Boromir intercedió y su padre cedió, como siempre lo hacía ante los pedidos de su primogénito.

Descendió Isilme los siete niveles de la Ciudad Blanca, flanqueada por sus primos: el altivo y magnífico Boromir y el no menos majestuoso Faramir. Los más ancianos comentaron entre ellos el parecido de la joven con Finduilas, aunque Isilme, según dijeron, poseía la fragilidad de los sueños.

Durante todo el trayecto, Faramir no dejó de hablar de la belleza de la cascada y de la caverna a la que irían. Se explayó sobre los medios usados para redirigir el agua y cerrar los pasos, algunos de muchas toesas de longitud. Tanto Boromir como Isilme viajaron en profundo silencio, uno junto al otro. Uno con el ceño fruncido y en estado de alerta y la otra, como perdida en una profunda ensoñación.

— Supongo que no han escuchado palabra de lo que he dicho — exclamó Faramir.

— Nos has aburrido mortalmente— respondió su hermano.

— En verdad...

— No importa, Isilme— rió Faramir—. Se me va la lengua cuando se trata de Henneth Annûn.

El lugar era todo lo maravilloso que el segundo hijo del Senescal había dicho y tal vez, para los amables ojos de Isilme, un poco más. Los hombres de Faramir dispusieron asientos y mantas, incluso un improvisado catre para la joven, y se avocaron a preparar la cena. Esa noche degustaron un vino suave conservado en redomas y delicadas viandas dispuestas en bandejas de plata y oro. Pero uno de los centinelas llamó a Faramir y éste los abandonó al finalizar la cena.

— Aún no te he felicitado por tus esponsales...

— ¡Ideas de mi padre! Ni Lothíriel ni yo estamos de acuerdo. Incluso Imrahil intentó cierta resistencia— dijo Boromir, poniéndose de pie. Luego, se volvió y tendiéndole una mano a Isilme la guió, en silencio, hasta la boca de la cueva —. Alegaban la cercanía del parentesco, ¿comprendes?

La mano de la mujer se tornó fría y trató de retirarla pero Boromir la retuvo encerrándola entre las suyas. Ninguno habló. Cuando Faramir regresó los encontró abstraídos uno en la mirada del otro.

II –

Faramir le contó el sueño por tercera vez. Repitió el verso hasta que ella lo aprendió y trató de describirle, lo mejor que pudo, la voz y la luz. Isilme le prometió que trataría de descifrarlo para cuando “regresaran”. El plural se le escapó por entre los dientes. Su primo simuló no haberlo escuchado. Y cuando vio a Boromir del otro lado de la Plaza, avanzando hacia ellos, se retiró con rapidez hundido en sus propios pensamientos.

Denethor no demoró en salir, con un par de miembros del Alto Consejo, siguiéndole. Los ojos del Senescal fueron de Isilme a su primogénito y de éste a ella, con la rapidez del águila. Llamó a Boromir y ya no tuvieron oportunidad de despedirse.

Cada noche, Denethor le pedía que cantara para él. Con la ausencia de sus hijos, el salón resultaba vacío y enorme: ni siquiera los sirvientes esperaban en los nichos, casi invisibles, entre las columnas. Esa noche, Isilme cantó sobre Eärendil venciendo a Ancalagon el Negro y luego, pidió permiso para retirarse.

— Se unirá a Lothíriel — dijo Denethor cuando ella ya estaba cerca de la puerta. Fue apenas un susurro pero retumbó como un trueno.

— Lo sé, mi señor. Mi prima me lo informó antes de que os pidiera regresar.

— A ti, en cambio, no te permitiré tomar esposo — dijo y agregó: — No soportaría que nadie te alejara de la Ciudadela.

Isilme se limitó a hacer una graciosa reverencia y salió al frío aire de la noche. El Árbol, como un muñón blanco, tenía un aspecto lamentable y triste. Las estrellas brillaban en un cielo despejado aunque no pudo admirarlas: tenía los ojos anegados en lágrimas.

Sólo cuatro regresaron tras la destrucción del Puente de Osgiliath: entre ellos, los dos hijos del Senescal. De haber podido elegir, Isilme se hubiera quedado en su habitación, pero los sirvientes llegaron con vestidos y joyas enviados por Denethor y con la orden de que se presentara sin demora. La muchacha rechazó las joyas y volvió a colocarse la cadena de plata con la piedra blanca que su padre había regalado a Ivrianiel, única herencia que llevaba con verdadero orgullo.

Fue dar un paso fuera de la habitación y encontrarse con Boromir. Hubo un instante en que ambos se quedaron en silencio.

— Deseaba pedirte consejo, prima — dijo ofreciéndole el brazo —. He tenido un sueño extraño. Faramir lo ha soñado ya varias veces y ahora, se repite ante mí. Padre sólo nos ha dicho que Imladris está en el Norte, un reino de elfos, gobernado por Elrond. ¿Qué puedes decirme, Isilme, Guardiana de la Memoria?

Ella se estremeció como si un dedo helado le recorriera la piel. Todos sus conocimientos se licuaron ante una neblinosa ensoñación que le hizo aferrar con fuerza el brazo de Boromir.

— Elrond, descendiente de Beren, hijo de Eärendil, hermano de Elros, primer rey de Númenor — dijo ella y las palabras brotaron de su boca sin que pudiera frenarlas—, el más sabio entre los Eldar, noble entre los nobles, Señor del Viento. ¡Oh, Gil- Galad, último rey! ¡Difícil es la travesía e incierta! Habrá un concilio dónde se

revelarán muchas cosas, Boromir. ¡No olvides quién eres, heredero del Senescal! Lleva tu espada y el Cuerno pero deja aquí tu orgullo. Recuérdalo: ¡debes vencer la prueba! Sólo así regresarás a mí. Si fallas, será el fin para ambos.

Como si despertara de un largo sueño, Isilme abrió los ojos, tembló como poseída por la fiebre y cayó desmayada. Boromir la alzó en brazos, le besó la frente helada y la dejó en la habitación al cuidado de los sirvientes.

Cuando la muchacha despertó, poco y nada recordaba. Por momentos, tenía la impresión que algo horrible la había mirado de cerca: un Ojo rojo y terrible se había clavado en ella aunque no había podido rozarla siquiera. Sin embargo, presentía que aquel Ojo no estaba demasiado lejos. Faramir fue a visitarla apenas estuvo en pie y le transmitió las malas nuevas. Boromir se iba a Imladris.

— Aún no sé cómo convenció a padre...

Isilme se guardó muy bien de hacer cualquier comentario al respecto y con ayuda de su primo llegó a la Gran Puerta, donde Boromir se alistaba a partir. Si la desesperación aceleró el corazón de la doncella, nadie lo supo: avanzó solemne y regia y, deteniéndose ante el alto hombre de negros cabellos, se quitó la cadena de plata del cuello.

— Este fue el regalo que mi padre hizo a mi madre: un simple trozo de piedra blanca de los cimientos más profundos de Minas Tirith. Así era el amor de él por ella, inamovible y eterno como las raíces de las montañas. Tómalo como recuerdo de la Ciudad Blanca — dijo y se lo entregó.

Los ojos de Denethor se mantuvieron fijos en su primogénito pero no hubo respuesta ni gesto que lo traicionara. Guardó la piedra y la cadena en el puño y se inclinó cortésmente, como lo haría cualquier noble ante una dama.

— ¡Por Minas Tirith! — exclamó y, dando media vuelta se alejó rumbo a Imladris.

III –

La fantasmal presencia de Isilme recorría la Ciudadela y, de vez en cuando, como perdida en un sueño, desviaba la vista hacia lo alto de la Torre Blanca. Sólo Faramir, sin preguntarlo, sabía lo que ocurría con su prima y, cuando podía, trataba de

animarla pero la guerra roía las fronteras de Gondor y pasaba más tiempo combatiendo que en la hermosa Minas Tirith.

Lo que ni siquiera Denethor adivinaba, con su aguda percepción, era que Isilme soñaba cada tanto con Boromir: incluso despierta. Esas ensoñaciones la mantenían en un extraño mundo entre la realidad y lo mágico. Y fue una tibia mañana en la que el sol bañaba de luz la Ciudadela cuando Isilme quedó subyugada por desconocidas voces en el aire y un frío antinatural la envolvió por completo. Perdida como estaba en una feroz tormenta de nieve, no notó que Denethor la observaba y la llamaba por un nombre que no era de ella: Finduilas, Finduilas.

“Resiste, Boromir”, quiso decir Isilme pero sólo le era permitido mirar y sentir. Y el frío la atravesó y escuchó voces antiguas y malignas que le auguraban que lo perdería, que nada podría hacer. .. Pero también vio a Mithrandir, el Peregrino Gris, que le devolvía la mirada y sonreía y decía con suavidad: “Ahora vete”.

Las fuerzas abandonaron a Isilme y, mientras caía al piso de mármol blanco, escuchó a Denethor gritando: “¡Finduilas!”

IV –

Cuando despertó se hallaba en las Casas de Curación. Denethor había ordenado que al amanecer y al crepúsculo le fuera informado el estado de la joven. Faramir la encontró paseando por los jardines, un tanto angustiada como quien ha perdido algo. Con infinita ternura, trató de sonsacarle qué era aquello que la entristecía.

— No sé cómo explicarlo, querido primo.

— Puedes empezar por confesar que amas a Boromir— dijo él, aferrándole la mano —. Lo he descubierto hace mucho pero he guardado el secreto. ¿Te preocupa no tener noticias de él? Ya sabes lo que dicen: las malas noticias corren más rápido que el viento. Hasta ahora nada hemos sabido de él. Seguramente, estará enloqueciendo a los elfos...

— ¡Oh, Faramir! — exclamó ella, con desesperación —. ¡No sólo tú lo sabes! Mi falta de prudencia ha desatado un nefasto destino. Sin embargo, aún hay esperanza si es que Boromir logra dominar su orgullo y resistir más de una tentación.

— Tus palabras me asustan, Isilme, y al mismo tiempo me tranquilizan. Boromir es fuerte. Está hecho para la guerra y me aminoré a asegurarte que sólo lo preocupa regresar cuanto antes a Minas Tirith.

— Esta misión era para ti, Faramir, la voz te habló a ti más veces que a tu hermano. Tú estabas mejor preparado que él.

— No estoy seguro de lo último pero sí de lo primero. Soy sólo un capitán más entre otros; él, en cambio, es el heredero del Senescal y nuestro Capitán General. Hubiera tenido que ir yo. Incluso padre lo hubiera aceptado de mejor grado.

Isilme apoyó la mano sobre el corazón de Faramir. Éste intentó una vaga sonrisa.

— Eres, sin dudas, el mejor de todos nosotros— dijo Isilme—. Lo que voy a decirte te sonará extraño, tal vez increíble, pero a veces sucede que veo a Boromir: dónde está, lo que le ocurre, lo que siente... Es como si mi cuerpo quedara aquí, preso en la Ciudadela, pero mi espíritu se fuera tras él.

El hombre la observó desde lo profundo de sus ojos grises. No había burla en ellos sino una indecible tristeza. Se inclinó y besó la frente de su prima.

— Boromir es afortunado por poseer tu amor— dijo.

El siguiente ensueño la tomó desprevenida, en medio de la noche, cuando ayudaba con un niño enfermo, porque se había negado a regresar a la Ciudadela a pesar de los innumerables mensajes de Denethor. Vio en su mano una piedra y delante de ella, una superficie negra y lisa. Al arrojar la piedra contra la negrura, miles de ondas concéntricas comenzaron a expandirse y del centro brotaron tentáculos verdosos. Sintió el esfuerzo de la lucha y luego, nada. Nada no. Sintió miedo. Algo terrible acechaba en la profundidad.

En las Casas de Curación oyó hablar de una anciana vidente que vivía en el segundo Círculo, cerca del túnel. Acompañada, por no decir seguida de cerca, por uno de los Guardias de la Ciudadela bajó hasta la casa de la vieja. Isilme se sorprendió al ver que la mujer era ciega de nacimiento y que sus manos curtidas por el trabajo de décadas hilaban con asombrosa habilidad y rapidez.

— Esperaba vuestra visita, señora Isilme, la de la larga Memoria— dijo la vieja—. Vienes a preguntarme el porqué de tus visiones. Ni tus libros ni papiros hablan de esto, ¿verdad?

La anciana emitió una risita baja, como un cloqueo de gallina. Dejó aparte el hilado y tendió las manos gastadas y callosas hacia la muchacha.

— Tienes las manos frías y el corazón en llamas— dijo la vieja—. Lo que ocurre no podría ser si él no lo permitiera. Para este lazo más fuerte que el tiempo y la distancia se necesita el mismo sentimiento y la misma profundidad.

— No debería... Lothíriel y él... — se detuvo abruptamente y susurró una pregunta—. ¿Estás segura, buena madre?

— Júzgalo por ti misma.

V –

Había vuelto a cantar para Denethor. El Senescal la convocaba dos veces al día y ella, obediente, se paraba frente a él y cantaba, aunque rara vez le hablaba. Su arte había ganado en profundidad y sentimiento; las canciones que seleccionaba eran de una olvidada belleza y por unos instantes, el salón del trono se llenaba del lejano aire de Númenor.

Acababa de interpretar *El lamento por Gil-Galad* y regresaba a su habitación cuando otra de las visiones la envolvió casi derribándola. Tuvo tiempo de apoyarse en una columna. Ante sus alucinados ojos, apareció un bosque de hojas doradas y una resplandeciente elfa de dolorosa belleza cuya mirada atravesaba la coraza de Boromir. Una tentación y una oferta: el regreso a Minas Tirith, una espada, un talismán de poder e... Isilme. Escuchó con claridad su nombre y se vio a sí misma del brazo de Boromir ante la Gran Puerta. Pero Boromir cerró los oídos, resistiendo, y ella regresó al solitario pasillo.

Al día siguiente, su canto ante Denethor fue breve.

— Los sirvientes dicen que apenas pruebas bocado. Estás pálida. Temo que te enfermes.

Ella hizo una reverencia y comenzó a retroceder pero el Senescal alzó la mano ordenándole detenerse. La voz del hombre retumbó por el magnífico salón.

— Tu vida es muy valiosa para Gondor, y también para mí. Al mirarte, veo a Finduilas. Tu voz trae paz a mi alterado corazón y es como si afuera no hubiera guerra

ni el Ojo nos vigilara listo para caer sobre nosotros. Más de una vez he querido enviarte lejos del peligro, de regreso a Dol Amroth, pero no he tenido las fuerzas... Empuñaría otra vez una espada si fuera necesario defenderte, Isilme. No lo haría por nadie más. Aún hay fuego y amor en mis venas.

Ella se inclinó en profunda reverencia y salió decidida a no regresar nunca más ante Denethor. Descendió hasta las Casas de Curación y rogó que la admitieran. Al verla, temblorosa y desencajada, nadie dudo en hacerlo.

VI –

Fue el mismo Senescal quien descendió a verla. Ella no pudo impedirlo. La encontró en el jardín bajo un escuálido rayo de sol. Pero ella estaba lejos, en una barca liviana, en medio del agua, ante los colosales Argonath.

— Regresa a la Ciudadela, Isilme — pidió Denethor y en su voz hubo un desconocido aire de súplica—. No volveré a hablarte. Sólo exijo... perdón, te pido que cantes para mí como antes. Tu canto me hace fuerte para resistir...

El silencio de la mujer angustió al Senescal. Tuvo que contener la ira que le quemaba las puntas de los dedos: ¿acaso no era él Denethor II, el vigésimo sexto Senescal Regente de Gondor? ¿Acaso no podía ordenarle que se fuera de la Ciudadela, incluso de Minas Tirith? Su vida le pertenecía como un objeto más de los que había en el Tesoro de la Ciudad Blanca. Abrió la boca para dejar escapar su rabia pero Isilme volvió la cabeza y lo miró, aunque sin verlo. Denethor se sintió juzgado en sus más hondos pensamientos y abandonó el jardín y las Casas.

— Argonath... Piedras de los reyes... — murmuró ella sumida en su sueño, sola, en el medio del jardín —. ¡Elessar! Piedra de elfo... Aragorn, rey de Gondor... ¡Bienvenido!

VII –

Se despertó con el rugido de una cascada. No supo cómo tuvo la seguridad de eso. Aquel sonido retumbaba en el fondo de su cabeza.

“¡Oh, Boromir! ¿Cuándo regresarás?” Esas palabras iban y venían, como una letanía que se sumaba al rugido.

Lo presintió más que lo escuchó aunque nunca antes lo había oído: el Cuerno de Gondor, el Cuerno de Vorondil. Se llevó las manos al pecho y cayó como muerta.

Lo vio, o lo soñó, apoyado contra un árbol, como si descansara, salvo por las flechas empenachadas de negro. No pudo contarlas. Los ojos grises de Boromir se fijaron en ella, como si ella estuviera frente a él, a pocos pasos, entre cadáveres de orcos. Junto a él había un hombre que ella ya había visto antes, en la barca, frente a los Argonath.

— ¡Ve a Minas Tirith y salva a mi pueblo! Yo he fracasado— dijo Boromir y su mirada se extravió por un momento. Luego, recuperó la lucidez suficiente como para pensar en Isilme y en que aquel era su fin pero no el de ella. Aragorn le estaba prometiendo que Minas Tirith no caería, y sonrió.

Algo la jaló de regreso a su cuerpo, a las Casas de Curación, al mortero que tenía entre las manos. La idea de la muerte de Boromir se resistió a entrar en su conciencia. No era posible. No podía serlo. Él debía regresar a ella, a Minas Tirith, incluso se alegraría si se celebraba el matrimonio con Lothíriel. ¡No podía estar muerto! ¿Qué seguridad tenía de que aquello hubiera ocurrido como acababa de ver? Era sólo un sueño. ¡Menos que un sueño! Una ensoñación, tal vez sólo un engaño del Maligno, del mismísimo Sauron, del Ojo que vigilaba la Ciudad Blanca... ¿No podía ser eso? Entonces, ¿por qué lloraba?

VIII –

Ya no cantaba pero vagaba, por la noche, a la luz de las estrellas, por la Plaza, cerca del Árbol. Los Guardias se habían acostumbrado a aquella presencia casi fantasmal. Denethor se limitaba a observarla desde las sombras, desde algún ventanal, agradecido de poder contemplarla aunque más no fuera a la distancia.

IX –

Al mirar hacia abajo vio sus pies sumergidos en la corriente del Anduin. En la orilla estaba Faramir, aunque no parecía notarla: el joven capitán estaba abstraído en aquella noche de luna pálida, contemplando la corriente del río, escuchando la canción triste del viento entre las cañas. Sin embargo, estaba atento a las costas, vigilante a todo aquello que pudiera venir de la dirección de Osgiliath.

Por la posición de las estrellas y la luna, Isilme supo que era medianoche. Una calma honda cargaba los minutos.

Faramir fue el primero en ver la pequeña barca, hermosa y extraña a la vez. Luego, el capitán de Gondor diría que nadie la dirigía pero ella vio una figura difusa y resplandeciente parada en la proa. El corazón lo supo antes que sus ojos: Boromir.

Faramir se metió también en el agua. Se detuvo, dudando acaso de esa realidad difusa. Ella estiró la mano y avanzó un paso pero no le fue permitido avanzar más. La barca viró y flotó hacia ellos. Del pecho del espectro emanaba aquella luz blanca. Ella, a diferencia de su primo, no necesitó mirar el interior de la embarcación para saber qué contenía. Escuchó a Faramir llamar a su hermano, con angustia en la voz, preguntando por el Cuerno.

Las etéreas manos de Isilme y Boromir se encontraron y aquel sutil roce fue suficiente. La doncella sonrió y dejó que la barca se alejara, retomando su curso por el medio del Anduin hacia el mar.

X –

Brethil fue el designado por el destino para llevar las dos partes del Cuerno ante el Señor Denethor. La idea de dar aquella terrible noticia le helaba el corazón. Pero no era cuestión de demorarse y aceleró el paso. Ante la puerta del Salón del Rey, encontró a Isilme la de la Larga Memoria y se detuvo un ínfimo instante para efectuar una reverencia. La mujer se interpuso en su camino.

— ¿Es ese el Gran Cuerno de Vorondil? — preguntó señalando el bulto que apretaba contra el pecho.

El guardia retrocedió un paso al ser tomado por sorpresa. Nadie salvo Thalion, Olvar, además de él, sabían del hallazgo. La delgada y hermosa mano de la mujer se tendió exigiendo el Cuerno.

— Es preferible que lo sepa de mi boca — dijo ella.

Brethil echó una rodilla en tierra, quitó la raída tela marrón con la que habían envuelto la reliquia y le entregó las dos mitades a Isilme. La mujer se estremeció al tocar el Cuerno. Le entregó una moneda de plata para que bebieran en recuerdo de Boromir, dijo. Brethil no quiso aceptarla pero ella se quedó frente a él, con la mano extendida. Rato después, en la taberna del tercer círculo, Brethil diría que, cuando ella entró al salón, el día pareció oscurecerse, como si opacas nubes grises hubieran tapado el sol. Ante las burlas de Olvar, Brethil sacudió la cabeza y agregó: era una luz muy pálida, blanca como la de las estrellas, e igual de fría.

Isilme avanzó hasta el pie de la escalinata. Los Consejeros se alejaron hasta quedar detrás de las columnas. Denethor alzó los ojos y los clavó en el rostro de la mujer: el parecido con Finduilas era doloroso pero mayor fue su dolor al notar que Isilme era aún más bella que el recuerdo que guardaba de su amada esposa. Estiró la mano nudosa para atraparla, decidido a que ella no volviera a escapársele, pero recibió, en cambio, el Gran Cuerno.

— ¿Boromir?— preguntó y su mirada recuperó la lucidez y sagacidad de otrora.

— He aquí el resultado de tu ambición y de tu lujuria, Denethor II, Senescal Regente de Gondor— dijo Isilme—. El orgullo ha sido nuestra perdición.

Isilme retrocedió con lentitud y, sin que nadie se interpusiera, se recluyó en su habitación. Sólo salió cuando le dijeron que Mithrandir había llegado: saludó al anciano mago y observó con interés a Pippin. Después, fue a recluirse a las Casas de Curación donde ayudó en lo que más pudo a curar cuerpos y almas.

XI –

Fue tras las bodas del Rey Elessar con Arwen Undómiel que Isilme regresó a la Ciudadela. Pidió hablar con la reina y a ésta le entregó las llaves de los Tesoros de Gondor. La amable hija de Elrond quiso que retomara su posición de Guardiana de la Memoria y que cantara para ella y el Rey.

— Mi voz se ha opacado, mi señora, pero haré lo posible por complaceros.

Arwen, quien no era ajena a la tristeza, observó el extraño aire de Isilme y le preguntó si había algo que pudiera hacer por ella, algo que pudiera darle para aplacar su pena.

— Quisiera tener una barca como las que la dama Galadriel obsequió a su visitantes al partir de Lothlórien.

Y aunque mucho sorprendió este pedido a Arwen, la hizo traer desde el Bosque Dorado. Durante el tiempo que tardó en llegar la embarcación, por agua y a hombros de porteadores, Isilme cantó lo más selecto de su repertorio, entregó sus joyas a Faramir para que se las diera a Éowyn el día de su boda y visitó a Lothíriel, quien había perdido la cabeza por el rubio Éomer y estaba más que contenta con su futuro papel de reina consorte de Rohan.

— No eres feliz, Isilme, y eso me entristece— dijo Lothíriel, cuando pudo sentarse por un instante y mirar de cerca a su prima—. Boromir ha muerto pero dicen que su muerte fue heroica. Faramir es feliz y yo, también. ¿Por qué no lo eres tú también?

— Lo seré, Lothíriel, dame un poco más de tiempo. Por ahora, seré testigo de vuestra alegría.

— Conozco un par de eorlingas que estarían muy honrados de desposarte, si quisieras. Y sé que hay un capitán de Gondor que no te quitaba los ojos de encima durante las bodas del rey Elessar. Y hasta un elfo de Imladris preguntó tu nombre... Podrías elegir a cualquiera. Sólo señálalo y te prometo...

— ¡Lothíriel, respira! No sigas o me enojaré contigo.

— ¿Quién es bueno para ti, Isilme? Dame una pista.

— Nos reuniremos pronto, prima. Es sólo cuestión de saber esperar.

— ¡Oh, maravilloso! ¡Otra boda!

Isilme se limitó a mover la cabeza y dejó que Lothíriel continuara con sus fabulaciones.

Cuando la espera tocó a su fin y la barca estuvo amarrada a orillas del Anduin, Isilme confesó su voluntad a Arwen, y le pidió su permiso para partir.

— ¡Te estaría permitiendo ir hacia tu muerte!

— No le veáis así, mi señora. Es sólo un encuentro entre amantes... Sé que en algún lugar del mar, me espera.

Arwen buscó consejo en Elessar y éste, sorprendido por la historia, pidió ver a Isilme. Ninguno de los dos dijo mucho y lo que se dijeron, quedó incluso oculto a los

oídos de Arwen. Con el permiso del rey de Gondor, Isilme partió esa misma noche, en una barca sin remos ni velas, sin timonel ni guía, siguiendo el rastro resplandeciente, tan claro para ella, como un camino bien conocido.